

conozcan la materia, es de recreación e iluminación. *Letras de la Nueva España* es, como tanto otro de Alfonso Reyes, ensayo ejemplar.

Germán ARCINIEGAS

Occidental.

Bogotá, 1948.

(PRÓLOGO A UN LIBRO DE RELATOS)

A lo largo de una vida ya entrada en el otoño, el prologuista ha leído millares de libros. De la índole de éste, no recuerda muchos que se le aproximen en amenidad e interés, en galanura de estilo y riqueza de ideas (*). Atraer la atención sobre esas cualidades, lector amigo, es el objeto del prólogo. Más antes de hablar del libro hay que hablar del autor y del medio en que se formó.

Al comenzar el segundo lustro del presente siglo, las doctrinas positivistas normaban la enseñanza en México. Algunos estudiantes percibieron la estrechez y anquilosamiento del sistema, y el deseo de modificar aquel estado de cosas los orientó en sentido opuesto, hacia el humanismo. Se reunían para leer a los trágicos y filósofos griegos. La revista *Savia Moderna*, editada a principios de 1906, atrajo durante su corta vida a los más de ellos. El grupo se dió a conocer, en 1907, con una manifestación en defensa de los *fueros del arte*. Para acercarse al público estableció la Sociedad de Conferencias, mudada en Ateneo de la Juventud a fines de Octubre de 1909. En 1910, al conmemorarse el centenario de la proclamación de la Independencia, el Ateneo organizó seis sonadas conferencias sobre pensadores y literatos hispanoamericanos. Después cambió de nombre: Ateneo de México. En Diciembre de 1912 los ateneístas fundaron la Universidad Popular, la cual llevaba a los obreros nociones de ciencias y artes, un embrión de cultura. Finalmente, el gran movimiento de renovación política y social que sacudió al país durante la segunda década del siglo dispersó al grupo. Pero ya éste había dejado su huella en la historia literaria de México, donde se le conoce como "la generación del Ateneo de la Juventud" o "del Centenario".

(*) *Verdad y Mentira*, Madrid, Aguilar, 1950.

El aislamiento en la *torre de marfil*, la afición a la vida de bohemia y la dilección por las letras francesas habían caracterizado a la generación precedente, llamada "de la *Revista Moderna*" o "del Modernismo". La del Ateneo, lejos de rehuir el contacto con la realidad cotidiana, se interesaba por el pueblo, tenía el sentido de lo social. Por otra parte, era afecta al estudio, a la disciplina intelectual. En fin, aspiraba a la universalidad de la cultura y, atenta —como sus mayores— a cuanto el arte de Francia producía, se tornaba también hacia la antigüedad clásica, del Siglo de Oro español, los ensayistas británicos, las letras mexicanas y las hispano-americanas, y se asomaba a otras literaturas, a las ciencias y a la filosofía.

Esas orientaciones de su mocedad marcan el itinerario intelectual de Alfonso Reyes, que en su ensayo *Pasado inmediato* (1939) bosqueja la historia de aquel grupo, del cual fue el benjamín. Su biografía comienza el 17 de Mayo del año 1889, en Monterrey, capital del Estado de Nuevo León, entonces gobernado por su padre, el general don Bernardo Reyes. Estudia en escuelas particulares, en el Liceo Francés de México, en el Colegio Civil de su ciudad natal y la Escuela Nacional Preparatoria, de México. Sigue después los cursos de la Facultad Nacional de Jurisprudencia. Antes de terminarlos, la Universidad le nombra secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios y profesor, en este plantel, de Historia de la Lengua y la Literatura Españolas, cátedra por él fundada. En julio de 1913 se recibe de abogado. En su tesis, *Teoría de la sanción*, se propone —dice en *Reloj de sol*— (1926) —"examinar el Derecho por la otra punta, no ya a partir de las definiciones, sino, pragmáticamente, en el remate de las sanciones". Ingresa en la diplomacia como segundo secretario de la Legación en París. A poco, en Europa, estalla la guerra. Los trastornos interiores de México empeoran, y un decreto suspende las funciones del Servicio Exterior. Alfonso Reyes se traslada a Madrid. Durante los cinco primeros años de los diez (1914-1924) que pasa allí, se consagra

por entero a las letras y al periodismo. Trabaja asiduamente en la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, dirigido por el eminente romanista don Ramón Menéndez Pidal. Escribe la mayor parte de los eruditos ensayos recogidos en las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945) y en *Cuestiones gongorinas* (1927), donde reúne los resultados de sus investigaciones sobre Góngora, ya iniciadas en su primer libro: *Cuestiones estéticas* (1910). Con Foulché-Delbosc, que le llamaba "el primer gongorista de las nuevas generaciones", colabora "como humilde albañil" —dice en *Reloj de sol* con más modestia que exactitud— en la edición crítica de las obras del gran poeta cordobés. Reintegrado México a la normalidad, Alfonso Reyes, en 1920, vuelve al Servicio Diplomático. Llega a ministro plenipotenciario, a embajador. Ahora dirige, desde 1939, el centro de cultura que en 1940 se convirtió en el activo Colegio de México, de cuya Junta de Gobierno es presidente. Es doctor *honoris causa*, por las universidades de la Habana, Tulane, de Nueva Orleans, y Harvard, de Cambridge, Massachusetts, y tiene el grado honorífico de *doctor of Laws* por la de California. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española y de número de la Mexicana. En 1945 su patria le otorgó el Premio Nacional de Artes y Ciencias, en esa ocasión concedido por vez primera.

No es hiperbólico decir que nada en el espacioso campo de las letras le es ajeno. En su obra hay poesías de fina sensibilidad y exquisita forma; cuentos originalísimos; un bello comienzo de novela; un noble poema dramático; doctos prólogos a ediciones por él anotadas y comentadas del Arcipreste de Hita, Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Gracián, Antonio de Fuente la Peña y fray Servando Teresa de Mier, amén de una versión en prosa del *Poema del Cid*, y de traducciones de Chesterton, Sterne, Stevenson, Chejov, etc., a las que pronto añadirá la de las primeras rapsodias de la *Iliada*. Dirigió la edición de las *Obras completas* de Amado Nervo. Pero principalmente forman su valiosa producción ensayos de perspicaz análisis. Varios de ellos —tales sus admirables libros

sobre la cultura helénica: *La crítica en la edad ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942), o *El deslinde* (1944), obra mucho más considerable de lo que da a entender el subtítulo: *Prolegómenos a la teoría literaria*—, por sus proporciones y su contenido de doctrina, llegan a la categoría de tratados. Como a “sugestivo ensayista e ingenioso crítico literario”, Fitzmaurice-Kelly le dio cabida, aunque mexicano, en su *Historia de la literatura española*.

Esa amplia labor de polígrafo pasa ya del centenar de títulos. Su diversidad traduce la apetencia de descubrir nuevos panoramas, de hallar explicaciones no oídas, de acertar con la verdad; en suma, definir lo humano. “Sólo la literatura —dice nuestro autor— expresa al hombre en cuanto es hombre, sin distinción ni calificación alguna. No hay mejor espejo del hombre”. Pero también la obra literaria refleja a quien la escribe, sin que éste se lo proponga. Así, en cualquiera de sus libros hallamos a Alfonso Reyes, con su bondad sonriente, su cortesía, su despierto ingenio, su alerta curiosidad. A pocos escritores podrá aplicárseles más apropiadamente el apotegma de Buffon: *Le style est l'homme même*.

Al par de la abundancia y riqueza, es de admirar en su obra la alta calidad. Desde mozo fue dueño de un estilo preciso y limpio, ágil, salpicado de oportunas, luminosas metáforas, instrumento insuperable de comunicación, no en vano labrado por quien conoce cuanto del idioma hay que conocer: “Nada —ha dicho— como el castellano: expresa diáfananamente nuestra capacidad de grandes intuitivos. Creo que es la lengua por excelencia para exponer las ideas con meridiana claridad”.

El estilo de Alfonso Reyes aviva en el lector la dilección por lo certero. Place su manera directa y franca de abordar los temas, de acudir a lo central sin enmarañarse en los detalles, si bien elige de éstos los que añaden un hilillo de luz al haz principal. Como dijo en uno de sus *Retratos reales e imaginarios* (1920), “es hombre capaz de síntesis, que es la condición varonil de la inteligencia”. Sabe despejar lo nebuloso, iluminar lo oscuro, dar fluidez a lo espe-

so. Y todo ello con sencillez, con sobriedad. Con ingenio, además, porque la aguda percepción de lo cómico es otro de sus dones.

“Es el sentido de plasticidad de la vida —dice—, de que las cosas hubieran podido ser distintas, la base de mi humorismo”. La inagotable fecundidad de su pensamiento está servida por una alacridad juvenil. Él mismo se ha definido como “un hombre que todos los días descubre más cosas que aprender”. Esa es su fontana de Juvencia, el secreto de su perenne lozanía mental.

El lector apreciará tales cualidades en este libro. Muestra es, muy cabal, de una de las más personales manifestaciones del arte de Alfonso Reyes. La examinaremos someramente.

Con su airecillo de tratado filosófico, es leal el título al contenido. Parte de éste es verdadero, fruto de la observación, y parte es creación de la fantasía, risueña mentira... con visos y tornasoles de verdad, o más bien, con aquel mínimo de verosimilitud que la mentira requiere para existir, porque la mentira total, la mentira absurda, nace muerta.

Realidad e imaginación en placentera mezcla, dieron forma a los cuentos y diálogos recogidos en 1920 en *El plano oblicuo*. Fueron escritos entre 1910 y 1914. El *plano* del título es lo fantástico, oblicuo respecto al plano de lo real, a ras de tierra. Se apoya en éste por uno de sus lados, y se alza más o menos por el opuesto, en equilibrio inestable. Mas lo irreal no es arbitrario. Acaso no sea más que una realidad íntimamente penetrada: “buscamos ahora la realidad —escribe el autor en *Cartones de Madrid* (1917)— algo más allá de los ojos”.

La casa del grillo es de 1918. Se editó en 1945. Estos amenos cuadritos de la soltería y de la vida de familia, entre los que se intercala una risueña etopeya, encierran en su nutrida brevedad juicios sutilísimos, lo mismo sobre el aleatorio arte de la cocina, pongamos por caso, que sobre la idea de la muerte “como objeto de previsión y conducta”; inclusive, al desgaire, en tres líneas, sobre la

concepción del mundo como representación. Algo se dice también tocante a la economía y buena administración del escritor, en lo que no será aventurado ni indiscreto ver una confidencia.

No hemos de enumerar, pues va a conocerlos el lector, los variados temas de la brillante conversación que forma, junto con una sobria cordial pintura de la gente vascongada, *Los siete sobre Deva*, obra comenzada en el verano del año 1923 e impresa veinte después. La adición del gracejo al saber la torna deliciosa. El humorismo es ahí de penetrante finura. La levedad de los conceptos no les merma una partícula de sustancia. Todo está dicho en lo esencial, todo podría desarrollarse gustosamente. Pero ese contento queda reservado al lector. Es el lector quien recibe el impacto de las ideas y las desenvuelve —si el juego le agrada— hasta sus últimos repliegues.

En *El testimonio de Juan Peña*, escrito en Madrid en 1923 y sacado a luz en Río de Janeiro en 1930, recuerda Alfonso Reyes “el sabor de una experiencia”: la del contacto del mexicano culto con su compatriota el indio. No contempla a éste con fingido entusiasmo, como los demagogos, ni con despego, como los imbuídos de las nefastas doctrinas sobre la superioridad racial, sino con humana cordialidad, que es la actitud acertada y justa. Así combatió el errado criterio que prevalecía en otros tiempos, certeramente definido en su artículo *Un paso de América* (*Sur*, número 1, Buenos Aires, 1931): “El indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza”.

Toca el problema del mestizaje y del criollismo en *Los dos augures*, escrito en junio de 1927, durante una travesía marítima, e inserto en la revista *Sur* (número 3, Buenos Aires, 1931). Del *arranque de novela* tienen esas páginas la penetración psicológica, la pintura de ambiente, la creación de caracteres. Mas, en germen la acción posible, nos encontramos, de hecho, ante un ensayo dialogado sobre la idiosincrasia del hispanoamericano, en sus dos tendencias típicas, que admiten, por supuesto, mil matices intermedios:

la que mira hacia Europa y la que se torna hacia el pasado indígena; cuestión de porcentaje en la mezcla de sangres, quizá. El tema ofrece anchísimo campo a las discusiones. Cabe dudar si éstas, comenzadas hace siglos, acabarán alguna vez.

El relato intitulado *Donde Indalecio aparece y desaparece* se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1932. Recuerdos de infancia centran la pintoresca figura del ex contrabandista mudado en guardia rural. La reacción del hombre de presa, al que los disparos de un simulacro militar exasperan el mal sofrenado gusto por la vida peligrosa de antaño, dice más acerca de su casta que cuanto pudiera exponer un sociólogo. Pero el sucinto retrato admite y aun reclama un comentario; en él nos hace ver el autor que Indalecio no es una curiosidad etnográfica, sino un tipo representativo de un grupo humano, en un momento del tiempo, en un rincón del espacio: así fueron los contrabandistas de la frontera entre México y los Estados Unidos en el último tercio del siglo XIX. Hoy, a lo que se murmura, suelen manejar aeroplanos...

La fea, escrito en Río de Janeiro en 1935, estaba inédito. Es un clarividente, osado estudio del alma femenina, en torno a su problema capital: el amor. El análisis abarca el género: la mujer; la especie: la mujer fea; la variedad, la mujer carioca fea, y el sujeto: la mujer carioca fea a la que un rasgo individualiza. De los brasileños se hace una pintura somera, con simpatía comprensiva, al modo de la que vemos de los vascos en *Los siete sobre Deva* y de ciertos alemanes y ciertos franceses— pero, ahí, en caricatura, que es otra modalidad del maridaje de la verdad con la mentira— en *El plano oblicuo*.

De Cuitzeo, ni sombra apareció en *La Prensa*, de Buenos Aires, en 1941. Pinta “la emoción de un paisaje”, en el montañoso Michoacán. Adviértase que no es un paisaje *natural*, puesto que lo descrito es el lecho de un lago, ya seco, es decir, algo que siempre estuvo oculto a los ojos humanos. Se descubre así una deformación de la Naturaleza, y esto es de tal manera impresionante para el

intelectual —cuya mente ve cuanto no percibe la vista—, que el fenómeno parece alcanzar las proporciones de un cataclismo: el autor, alucinado por la deslumbrante luz, imagina que el lago, en lugar de haber sido desecado *por arriba*, de mano del hombre, lo fue *por abajo*, por fuerzas telúricas. Una vez más lo real es motor de la fantasía.

Los cuentos, diálogos y narraciones aquí reunidos poseen la cualidad común —y ella presta unidad al libro, que tan variados atractivos ofrece de ser fruto de la observación del pensador y de la imaginación del artista: verdad y mentira.

* * *

Al principio aludimos, como característico de la “generación del Ateneo”, al propósito de universalidad de la cultura.

En Alfonso Reyes, que durante un cuarto de siglo recorrió el mundo al servicio de su patria, esa tendencia es decisiva. Mas, al conocer otros pueblos, otras literaturas, no olvidaba lo que más caro le es: México. “Mis contribuciones a la definición de lo mexicano están en todos mis libros”, declara. Y añade: “Nada puede ser ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo”.

Esta última frase, lector amigo, ¿no nos hace recordar a un gran pensador que es gloria de su país porque supo ser “generosamente universal”? ¿No habría dicho otro tanto Miguel de Montaigne? ...

J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA.

México, marzo de 1949.

JUEGO Y CORTESÍA

CORTESÍA se llama uno de los últimos libros de Alfonso Reyes, cuyo esmerado recuento bibliográfico se hace difícil de llevar en estos días en que ha estado extraordinariamente activo. Como productor de las más finas esencias literarias parece depurar con los años ciertas tentadoras ambrosías de la imaginación, su alta cultura convertida en arte, ingenio y fineza; y frente a las grandes obras como aquel exhaustivo (*DESLINDE*), la mayor “Summa” de problemas literarios que exista en Lengua española o los estudios de Helenismo que ahora le absorben, sabe ofrecer, también, a los amigos algunas travesuras sometidas como todo lo suyo, a la más exigente norma estética. Este libro (*CORTESÍA*) compuesto voluntariamente de versos de circunstancias, casi de lo que pudiera llamarse las tarjetas postales de un escritor, no aspira a la seria inmortalidad de las grandes obras orgánicas porque le basta la amable broma, la grácil alegría de un minuto. Quienes nos hemos deleitado con el insuperable arte de conversador del gran humanista, reencontramos aquí algunos de los rasgos más amablemente alfonosinos. Libro para descansar de la petulante formalidad de otros libros. Sin embargo —y como ya veremos— en pocos como en este, se nos ofrece Alfonso Reyes con su graciosa diligencia de gnomo que sabe jugar armoniosamente con mitos y culturas; alivianar lo más denso e ir de fiesta hasta lo levemente picaresco y popular sin perder el perfecto aplomo apolíneo. El buen humanismo, en la lección de este Erasmo Hispano-americano no sólo es una disciplina y alta didáctica del espíritu, sino también un adiestramiento para la mejor felicidad terrenal.

Comienza Reyes —que sabe enseñar aun jugando— con una útil reivindicación de aquello que Goethe llamaba la poesía “ingenua” en oposición a la poesía “titánica”. Si está bien que el hombre transmita en su arte la hazaña prometeica, la lucha contra el destino, conviene, así mismo, al equilibrio vital que a veces repose en la